Carrasco

LA BÉTICO-EXTREMEÑA.

BIBLIOTECA Y ADMINISTRACION DE OBRAS LÍRICAS Y DRAMÁTICAS,

TANTO NACIONALES COMO EXTRANGERAS.

SOLTERA... Ó MUERTA.

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO, PROSA.

UNA PESETA.

Andres de Neira Barragan, Editor.




CÁDIZ.

3

¡SOLTERA... Ó MUERTA!!

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ M. CARRASCO.

Representada en vários teatros, con general aplauso.

CÁDIZ:
Imp. de Jordan, Enrique de las Marínas, 5.
1878.

PERSONAJES.

Irene.
Paca.
Toribio.
Fernando.
Ricardo.
Domingo.

La accion en un pueblo de Andalucia, año de 1850.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO.

Salon con alfombra y muebles de lujo. Dos puertas en los primeros términos.

ESCENA I.

PACA.

Hay hombres que merecian estar en una Inquisicion por toda su vida. Pronto se vá á casar uno muy guapo con mi señora, que es la vieja mas fea de España, mientras las muchachas no encontramos quien nos diga una palabra. Idiotas! Si estaré sentenciada á morir con palmas? Los hombres están ciegos, si declaran inútil para el matrimonio este cuerpecito. ¡Canallas!... Al primero que vea, le doy un bofeton.

ESCENA II.

DICHA Y TORIBIO **por el foro.**

TORIB. Alabao sea Dios! Dá usté premiso para entrá? **(entrando.)**

PACA. Adelante.

TORIB. Sabe usté quién soy yo?

PACA. Cuando lo diga.

TORIB. Está usté hablando ná menos que con Toribio Rana, arcarde constitusioná de este puebro, el

cuá ha sio llamao á la «comparesensia» de la señora marquesa del Relámpago.

PACA. Muy bien.

TORIB. Y ella, dónde está?

PACA. (Qué le diré?)

TORIB. Responda usté.

PACA. No puedo, señor Alcalde. Esta mañana me levanté sin un cuarto, y empeñé la lengua en una agencia de préstamos.

TORIB. Chanzitas, eh? Pues sepa que meto en la cárcel á quien se atreva á faltarme. Y la marquesa?

PACA. Adornándose.

TORIB. Tú, tututú! Por mucho que se «emperrifoye», será siempre la «estáuta» del demonio. Entró en el Arca en compañia de «Noem». Vaya usté á desirla que la aspero.

PACA. Voy, señor alcalde. (**Váse puerta derecha.**)

ESCENA III.

DICHO, DESPUES IRENE Y PACA, **salen por la puerta derecha.**

TORIB. Sudiadano: llámeme siempre sudiadano.—Qué se le ofrecerá á la Marquesa? No hay cargo mas «incresiente» que ser el gefe prensipá en tós ramos, de un pueblo tan «feaciente» como este. No han encontrao surfisiensia como la mia, y por eso me habrán nombrao.

IRENE, **saliendo con Paca.**) Señor alcalde...

TORIB. Sudiadano: llámenme siempre sudiadano.

IREN. Paca, retírate.

PACA. (Qué lástima de tiro mellizo.) (**Váse foro.**)

ESCENA IV.

DICHOS MENOS PACA.

IREN. Tome usté asiento.
TORIB. Grasias. (**Sentándose.**)
IREN. Lo he llamado para confiarle un secreto.
TORIB. Es inútil: lo sé tó. En cuánto llegue le soplo en un calaboso de los más oscuros y laus tibis cristis.
IREN. Todavia no ha cometido delito para tanta severidad.
TORIB. Yo cumplo con mi deber. Tengo órdenes inferiores pá prenderlo y es necesario obedesé á los gefes.
IREN. Eso no es posible.
TORIB. Lo será. Es «prónfugo» y hay que castigarlo con mucha formaliá.
IREN. Prófugo Fernando! Si ha estado en Méjico 30 años!
TORIB. Que le aprovechen.
IREN. Creo que estamos hablando en diferentes sentidos·
TORIB. Yo nó: tengo tó mi pensamiento en ese mozo.— Creo que usidas será su madrina y quiere librarlo de la pena que merese.
IREN. Nada de eso: no es mi ánimo favorecer á ningun prófugo. Lo he llamado para que nos pongamos de acuerdo y evitemos un escándalo. Estamos próximos á una catástrofe!
TORIB. Eso no será mientras yo empuñe esta vara y sea el «jurisprudente» der pueblo. Siempre he sio mas benirno que el cólera morbo; pero cuando se trata de castigá á los curpables, soy Neron en miniartura. Sepa yo qué catantrófe es esa.
IREN. Está usted hoy tan rigoroso, que temo descubrir al...

TORIB. No hay que ocurtá ná: lo que sea, es menesté que se lo diga á su arcarde, porque ér solo pué poné freno de hierro á los insurgentes de toas «categoridas.»

IREN. Será usté indulgente?

TORIB. Nunca! Cuando se trata de arroyá las perrogativas der sosiego público, mi corason es de «mamposterida.»

IREN. Tiemblo al decirle...

TORIB. Nada de temblique! cante lo que sepa. Ya tengo los niervos encrispaos! Si algun merequetrefe trata de insubordiná argun motin, yo le pondré las peras á cuarto. Hable pronto.

IREN. Voy. Hace treinta años...

TORIB. Entónse no era yo arcarde.

IREN. Lo sé. Para que la relacion sea esacta, tengo que invocar esa fecha.

TORIB. Eso es otra cosa.

IREN. En esa época tenia yo un novio muy guapo, y lo amaba con tal pasion, que si me decia: «Acabo de ver á Napoleon con ochenta regimientos metidos en los bolsillos:» me lo creia de buena fé.

TORIB. Asin hay muchas mujeres.

IREN. Bien lo sabia el malvado y por eso abusó de mi candidez.

TORIB. Cometió algun «rarto», eh?

IREN. Nó; pero un dia... miento, que fué una noche de pintoresco Mayo: llegó á mis rejas, hizo la señal convenida, salí, y me participó que se marchaba á Méjico, obligándome á jurarle que á su regreso me habia de encontrar, ¡¡Soltera... ó muerta!!!

TORIB. Y qué?

IREN. Lo juré: allí permanecimos media hora regando con el llanto de nuestros ojos las flores de mi ventana, y despues se fué el ingrato sin decir

una palabra, matando mis ilusiones de niña y dividiéndome el corazon en cuatro pedazos.

TORIB. Lo creo. Y despues?

IREN. Durante muchos años, mis ojos fueron dos fuentes dia y noche.

TORIB. Usidas fué la tonta; cualquier dia lloraba yo por ningun hombre. Hay mas?

IREN. Sí. Hoy, cuando ni aun las cenizas conservo de su cariño, no sé cómo ha sabido el lugar de mi residencia, y acabo de recibir una carta participándome su llegada á Cádiz; y que moriré á sus manos sinó me encuentra ¡¡Soltera... ó muerta!!!

TORIB. (Pá lo último te falta poco.) Dónde está la carta?

IREN. Voy por ella. (**Váse primera puerta derecha.**)

ESCENA V.

TORIBIO, DESPUES IRENE **con una carta por la puerta derecha.**

TORIB. Con mas gusto le daba mi cabesa ar verdugo que á esta prójima la mano. La cosa es clara. Se ha enamorao de mis bellezas y me llama con una «estrartagema!»... Se lleva chasco! Yo no cargo con ninguna mujé que se halla escapao del cementerio!... Aquí sale, ¡Uf... qué fea!... Falta le hacen seis pares de banderillas de fuego!!

IREN. **saliendo.)** Aquí está la carta.

TORIB. Venga. (**Leyendo**). «Irdolo mio... Carita mojosa.»

IREN. Hermosa.

TORIB. «Pronto mos veremos, porque eres el instrumento de la rebelion...»

IREN. Pensamiento de mi corazon. (Qué animal!)

TORIB. «Quisiera... afeitarte...»

IREN. Encontrarte.

TORIB. «¡Soltera... ó tuerta!»
IREN. Muerta.
TORIB. «Pero sinó es asin... cara de burro mohino...»
IREN. Cara de cielo divino. (Habrá estúpido!)
TORIB. «Yo te... queso fresco.»
IREN. Ofrezco.
TORIB. (Cuarquiera entiende esto.) «Que te acordarás de mí, y morirás como un rano.»
IREN. A mis manos. (Jesús! qué hombre!)
TORIB. «Adios... perrita envenená.»
IREN. Perita acaramelada.
TORIB. «Pucherito con terciana.»
IREN. Lucerito de la mañana.
TORIB. (Me estoy luciendo.) «Viga del techo podria...»
IREN. Jesús! cuántos desatinos. Hombre, acabe usted ya
TORIB. Vasté á decir que yo no sé leder? «Me están llamando á ese lao... tus dos ojos de caiman.»
IRE. De tus ojos el imán. (Vaya un modo de leer!) Por ese escrito comprenderá...
TORIB. Que ese mosito estará aquí hoy ó mañana, y si usidas ya no lo quiere, vá á cometé con su persona un infanticidio: pero no lo permitiré. La ley, es la ley. La justisia, es la justisia. Si intenta atropellá el dormisilio... le echo la vara ensima y ya está fresco. Soy... muy dulcesito: pero con los pillos he sío siempre mas amargo que la hier.
IREN. Pero...
TORIB. No hay peros ni camuesas. Si ese moso quié gallcá, yo le cortaré el pico; ahora bien: si usidas se casa con él...
IREN. No puedo ser su esposa. Otro hombre es ya dueño de mi corazon y pronto nos unirá el sagrado lazo. Por él temo: su vida corre peligro: sálvele usted, se lo suplico! Es un joven inocente: tímido como...
TORIB. Chitito, que tó se arreglará. Descanse en mi selo... y en mis puños. Aquí no estamos en nengun

campo abandonao al capricho de los malhechores. Esta é una villa ardea mú convalesiente y remosá: tiene un arcarde bastante simpático, el cuá sabe donde le aprieta er sapato y hará justisia seca: mas seca que las der «masnánimo» D. Pedro el Crué. Puede usidas roncá tranquila.

IREN. Oh! gracias!

TORIB. Sí: no irnoro que mis deberes y polcritú me obligan á sostené el desmoronamiento de mi consensia.

IREN. Caballero... es usted muy fino. (Estos monterillazos son muy originales!)

TORIB. Grasias: de argo me han de serví los estudios que han soplao en esta cabesa. Sé mas que el inventó de los palillos de diente. Donde me presento, náide tiene mi oratoria y ersabrutos!

IREN. Lo creo. Qué medidas vá usted á poner en práctica?

TORIB. Reuniré las fuersa: pondré espías por calles y plasoletas, y prenderé á los forasteros.—Me retiro. Pronto estará el raton en la ratonera. Abur. **(Váse por el foro.)**

ESCENA VI.

IRENE DESPUES PACA **que sale por el foro.**

IREN. Qué hombre mas atroz! Pues, señor; ya están tomadas mis medidas, y con ellas asegurada la vida de Ricardo. Nada temo: pronto será mi esposo, aunque pése al mundo entero. **(Mirándose al espejo.)** No se arrepentirá: todavia estoy bien. Las ingratas canas no han atropellado la belleza de mis cabellos. Nada tengo que envidiar á esas mugeres tan hermosas que recorren calles y plazas matando al hombre que miran y haciendo alarde de sus divinos encantos.

PACA **saliendo.)** Acaban de traer la tohalla de Vénus, y dicen que la peluca nueva no estará hasta dentro de dos dias.

IREN. Está bien. Retírate. **(Váse Paca por el foro.)**

ESCENA VII.

IRENE, DESPUES PACA **por el foro.**

IREN. Malditos charlatanes! Siempre que mando hacer algo aseguran que vá á estar concluido al momento, y despues traen los objetos cuando no hacen falta.

PACA **saliendo.)** Un caballero dice que desea ver á la señora.

IREN. Dijo su nombre?

PACA. Se lo he preguntado várias veces y contesta que lo ha olvidado.

IREN. Será Fernando: díle que pase. **(Váse Paca por el foro.)**

ESCENA VIII.

IRENE, DESPUES FERNANDO **por el foro.**

IREN. Ven, hombre maldito! Te espero con la frente levantada y la conciencia tranquila. Si en los risueños dias de mi juventud abusastes del cariño que te profesaba, hoy que te ódio, verás hasta dónde llega el desprecio que me inspiras.

FERN. **saliendo.)** Sí, ya la veo! Tan linda como hace treinta años. El tiempo no ha marchitado la flor de sus encantos! Soy feliz!—Irenita!

IREN. Qué quieres? Conqué objeto llegas hasta aquí?

FERN. (No sé cómo empezar. Me hallo tan embarazado...) Yo vengo...

IREN. A qué?

FERN. A reclamar mis derechos.

IREN. Cuáles?

FERN. Escucha. Hace treinta años que postrada de rodillas, jurastes ante un hombre bastante guapo, no amar á nádie en el mundo mas que al simpático mancebo, único testigo de aquella promesa. Te acuerdas?

IREN. Sí... pero aquel hombre...

FERN. Se marchó á lejanas tierras llevando en su corazon el dulce nombre de Irene, y la divina promesa enlazada en su pensamiento.

IREN. Lo creo: pero el tiempo...

FERN. Que todo lo destruye, no acabó con el cariño de aquel esforzado varon.

IREN. Calla!

FERN. Imposible! El violento amor que agitó los dias de su juventud creció tanto con la ausencia, que ni un momento dejó de besar el retrato de la hermosa doncella que amaba con pasion satánica.

IREN. Pero tú...

FERN. Yo... soy Fernando: aquel mozo gallardo á quien tanto amabas. Mírame cara á cara: vengo á recoger tu juramento. Me quieres todavia?

IREN. Como hace tanto tiempo que te marchastes, y tu edad...

FERN. Mi edad?... Acaso no es igual á la tuya? Además el corazon que ama, siempre es niño. Pregúntaselo á los sábios: ellos dirán que los años no pueden estinguir el fuego de una pasion verdadera.

IREN. (Qué vergüenza!)

FERN. Díme: me has olvidado? se llevó el viento aquel amor que alimentó los dias de mi juventud?

IREN. Se lo llevó! me dieron la noticia de tu muerte, y... tal vez mañana me casaré con otro.

FERN. Rayos y truenos!! No lo consentiré. Díme el nombre de tu amante. Donde le encuentre, me lo cómo vivo!!

IREN. Óyeme!

FERN. Nó: voy á ver si averiguo quién es el miserable que intenta destruir el juramento que hicistes en aquella inolvidable noche de Mayo.

IREN. Preciso será que escuches...

FERN. No me quieres! Te casas, con otro!—Muger liviana, te desprecio!!—Me voy: pero tén presente que si tratas parodiar á la inconstante Lola de «Flor de un dia,» nó al manso Diego, á un cafre hallarás en mí.—Voy á cargar las pistolas. (**Váse por el foro**).

ESCENA IX.

IRENE, DESPUES PACA Y DOMINGO **salen por el foro.**

IREN. No me ha querido dejar hablar. Qué desgraciada soy! Cuando mas dichosa me creia, ha venido ese infame á colocarse en mitad de mi camino. Porqué no se lo tragaria el mar ántes de llegar á Cádiz?.. Pero salvemos á Ricardo; es lo esencial. Paca! Domingo! (**Llamando por el foro.**) El Alcalde evitará qne ese malvado cumpla sus designios.

PACA **saliendo.**) Llamaba la señora?

IREN. Sí. En la botica estará Ricardo: díle que venga.

PACA. Voy. (Lástima de mozo!) (**Váse por el foro.**)

IREN. Pero pronto.

DOM. **saliendo.**) Quién ha llamadu á Dominju?

IREN. Yo.

DOM. Y para qué?

IREN. Busca al señor Alcalde y díle que venga.

DOM. Nu puedu.

IREN. Porqué?

DOM. Tenju las costillas puestas al fueju y si me lárju á la calle, han de ser atrapadas por los játus.

IREN. Eso no importa. Haz lo que te mando.

DOM. Buenu. Peru que despues nu tenjamus sermunes.
IREN. Corre: no me impacientes.
DOM. (Qué demoniu de contumelia será esta?) (**Váse por el foro.**)

ESCENA X.

IRENE DESPUES RICARDO **con un abanico, sale por el foro.**

IREN. Venga pronto el ídolo de mi corazon y en logrando ponerlo fuera de combate, nada temo. Ya llega.
RIC. Aquí me tienes. Por supuesto, muger, que á nádie mas que á tí se le ocurre hacerme venir con este calor. Qué pasa? (**Abanicándose.**)
IREN. Voy á participarte una noticia. Juras obedecer lo que te ordene, sin réplica de ninguna clase?
RIC. «Sarasa!...» Mujer, qué vas á hacer conmigo?
IREN. Lo juras?
RIC. «Lo yuro». (**Ruido dentro.**)
IREN. Óigo pasos. Ocúltate debajo de esta mesa.
RIC. Yo? de ningun modo, hija mia: no me parió mi madre para estar como las ratas.
IREN. Has jurado obedecerme en todo.
RIC. Verdad. Quién hubiera adivinado que habias de empezar por esa rareza?
IREN. Mi deber me obliga á evitar un escándalo.— (**Ricardo se mete debajo de la mesa que estará á la izquierda. Irene se sienta al lado.**)—Veré quién llega.—Es el alcalde.

ESCENA XI.

RICARDO **escondido,** IRENE, TORIBIO Y DOS HOMBRES **con escopetas que permanecerán en el foro.**

TORIB. Alto ahí, mozuelos! Ojo... y mucho ojo! Que nái-

de diga de nosotros que somos lógicos ni incapaces de hasé disparates.

IREN. Habló usted con mi criado?

TORIB. Si no lo he visto, cómo le habia de hablá?

IREN. Y descubrió usted?..

TORIB. Ná. Hemos recorrio la aldea y no hemos visto un pájaro que no sea de la vesindá.

RIC. (Qué será esto?)

IREN. (No sé qué decirle). Tengo una zozobra tan grande...

TORIB. Y porqué? No le he dicho á usidas que descanse en mí? que ronque tranquila?

RIC. (Tendré que quitarme la gorreta, porque hace mucha calor.)

IREN. Ay, señor alcalde!

RIC. (Ahora se vá á poner mala el ángel mio.)

TORIB. Sudiadano... llámeme siempre sudiadano.

IREN. Caballero, necesito en este dia, un hombre que me comprenda, una autoridad que me proteja y un amigo que me consuele.

RIC. (Pues no pide mucho!)

TORIB. Ambas cosas á tres las encontrará en mi persona. (Lo dicho: está por mí).

IREN. Usted me comprenderá?

TORIB. No he de comprendesla, si tengo su corason en mis manos?

IREN. Me protegerá?

TORIB. He dicho que sí.

IREN. Y me consolará?

TORIB. Segun sea la cosa. Hay consuelo de consuelos, y cuando yo sepa de cuá se trata, hablaremos.

RIC. (Y á mí quién me consuela?)

IREN. Ay! qué grande es el pesar que tengo!

TORIB. (Mayó vá á ser la bofetá que te voy á dá.)

IREN. Usted habrá amado alguna vez?

TORIB. (No lo dije?) Sí, señora.

IREN. Entónces sabrá que el amor se presenta vestido de diferentes colores.

TORIB. Er coló que mas le gusta, es er de lila. Ese, ese es su favorito.

IREN. Es usted casado?

TORIB. Soy... viduo cuatro veces.

IREN. (Ganemos tiempo á ver si vuelve ese maldito y lo llevan á la cárcel.) Pues usted no es tan viejo para haber tenido tantas mujeres.

TORIB. Pues con cuatro me casé, tan fijo como hemos de morí! Por señas que cada una en su estilo, bien me derritieron la sangre!

RIC. **tirando del vestido á Irene.**) (Salgo ya?)

IREN. (Aguarda un poco!)

TORIB. (Lo que es er queré! Ya está hablando con la mesa. Si tengo un gancho!)

IREN. Y no fué usted feliz con ninguna de ellas, eh?

TORIB. Quiá! La primera se metió á fortograsfista de perros y gatos de ambos sersos, y siempre estaba la casa hecha un infierno.

IREN. Qué ocurrencia!—Y la segunda?

TORIB. Era maestra barbera; mú afisioná á pláticas y chicoledos, hasta que un dia le rompí las cuatros costillas incorporales, y se fué á quitá barbas al otro mundo.

RIC. (Este hombre es un asesino!)

IREN, Qué atrocidad!—Siga usted, que me vá gustando.

TORIB. La tercera, cada vez que me hallaba durmiendo, me daba unos bofetones tan grandes, que me volvia loco.

IREN. Vaya un capricho!

TORIB. Pues siempre lo negaba. Desia: «lo que se vé es lo que se niega, porque lo que no se vé está negao.»—La última nunca me llamaba por mi nombre; cada ocasion nombraba uno diferente. Era la mugé mas jacarandosa que había nasio de padre, pero desde que se casó mudaron las cosas. Siempre estaba de jaqueca y con atraques de niervos; algunas veces le daba unos patatunes que la derribaban en tierra; yo-

como era natural tenia que asujetasla; pero la picarona me tiraba tantos bocaos en las manos que me las hasia peasos.—Ahí tiene usidas las fortografidas de mis costillas mujeriegas... y me largo á vigilá er puebro, que bastante hemos hablao. (Sinó me voy, me vá á atrapá esta feóta.) No perderé la casa é vista, pá echasle er guante á ese piyo en cuanto yegue. Hasta luego.

IREN. Tan pronto me abandona?

TORIB. Es nesesario. Las obligasiones de mi jurirdision me llaman á tóas partes: soy er padre der puebro y debo atendé á tós con iguá petulansia.

IREN. (No tengo mas remedio que decir lo que ocurre.) Señor alcalde...

TORIB. Sudiadano: llámeme siempre sudiadano.

IREN. Espere un poco. Hay una novedad.

TORIB. Sepamos.

IREN. Ese hombre...

TORIB. Cuá de los dó? **(Mirando al foro.)**

IREN. Ninguno; hablo de Fernando.

TORIB. Ah! ya!! el mergicano?

IREN. Sí: acaba de hablar conmigo: se ha marchado con intento de volver. Ha ido á cargar sus pistolas.

TORIB. Eso no es verdad.

IREN. Caballero! soy una señora y debe dar crédito á mis palabras.

TORIB. Pues yo no las creo. Habia de habé entrao en la poblacion sin mi permiso? Yo no se lo he dao y soy aquí er que tó lo gobierna.

IREN. Esa no es una razon. Le aseguro que acaba de abandonar esta sala despues de haberme amenazado con la muerte.

TORIB. Y porqué no lo ha dicho antes? Estas mugeres siempre hablan fuera de tiempo. Ese moso debia ya tené seis palmos de lengua fuera.—Voy á buscaslo. Muchachos, armas al hombro,

y seguisme. Donde le encuentre le pego cuatro tiros. (**Váse con los dos hombres por el foro.**)

ESCENA XII.

IRENE Y RICARDO.

RIC. Puedo salir?
IREN. Espera un poco.
RIC. Sarasa! que me vá á dar un síncope! Qué laberinto es este?
IREN. Vas á saberlo: sal cuando quieras.
RIC. **saliendo.)** Gracias á Dios!
IREN. Es necesario que abandones el pueblo.
RIC. Porqué?
IREN. Así lo quiere el destino! Un hombre á quien aborrezco, y que fué mi novio hace treinta años...
RIC. Friolera! Ayer mañana como quien dice!
IREN. Se halla en este pueblo y ha ofrecido matarte.
RIC. A mí? se lleva chasco! Bonito génio tengo yo! Díme quién es, y verás cómo lo quito del mundo en dos minutos.
IREN. Nó: tu vida me pertenece. Evitemos ese lance fatal.
RIC. Pero, qué quiere ese hombre?
IREN. Ser mi esposo.
RIC. Quiá! para eso estoy yo aquí.
IREN. Pues, véte: ya avisaré cuando debes volver. Te irás?
RIC. Sí. Abandonaré estos lares: tú me dirás cuándo.
IREN. Ahora mismo.
RIC. Bueno.—Dáme diez mil reales para gastos.
IREN. Es mucho.
RIC. Entónces vengan quinientos duros.

ESCENA XIII.

IRENE, RICARDO.—DOMINGO y FERNANDO **con dos pistolas cargadas: salen por el foro.**

DOM. Peru, señur... **(dentro.)**
FERN. Aparta, avestruz! **(idem).**
IREN. Ya vuelve: ocúltate otra vez.
RIC. Vamos á ello. La ocupacion no puede ser mas denigrante. **(Se oculta bajo la mesa.)**
IREN. Venga ese miserable cuando quiera: nada temo.
DOM. **saliendo.)** Nun se puede pasare.
FERN. **idem.)** Paso ó te mato.—Aquí me tienes otra vez.
RIC. (Qué feo es!)
FERN. Voy á registrar la casa.
IREN. No lo permitiré.
FERN. Yo sí. **(Entra por la puerta derecha.)**
IREN. Infame! Abusa porque soy mujer.
RIC. Salgo y me lo cómo?
IREN. Nó: déjame hacer. Ahora mismo vendrá el alcalde y lo arreglará todo.
RIC. Bueno.
FERN. Nádie.—Veamos aquí. **(Saliendo por la puerta derecha y entrando en la izquierda.)**
IREN. Espérame, Ricardo, pronto vuelvo: voy con Paca á ver si hallamos quien arroje á la calle este perro de presa.
RIC. No tardes: mira que será fácil que me lo coma de un bocado.
IREN. Calla, tonto! Domingo, no pierdas de vista á ese hombre y te regalaré una onza. **(Váse por el foro.)**
DOM. Buenu! Buenu!

ESCENA XIV.

RICARDO, FERNANDO Y DOMINGO **al foro.**

DOM. Canastus! diez y seis duros! Nu tenja cuidadu: le segiré á tudus ladus.

FERN. **saliendo.**) Nada.—Hola! qué veo! se ha marchado la ingrata por no verme. Qué haré? No sufriré que me den las calabazas mas añejas de este siglo.

DOM. (Qué zapatus son aquellus que se meneán solus?)

FERN. Por quién me despreciará? Quién será ese rival odioso?

RIC. (Un buen mozo.)

FERN. Lo adivino. Algun mequetrefe que le estará derrochando el caudal: pero pronto nos veremos las caras.

RIC. **saliendo.**) Ahora mismo.

DOM. (Canastus, el señoritu!)

FERN. Cómo! usted quién es?

RIC. Yo?—Un hombre.

FERN. Ya véo.—Qué hacia escondido?

RIC. Lo que me daba la gana.

FERN. (Este debe ser el mozo.) Usted me conoce?

RIC. No.

FERN. A ver, míreme bien á la cara.

RIC. Ya la estoy mirando.

FERN. Qué ha notado en ella?

RIC. Me ha parecido muy fea.

FERN. Caballero... usted es un pillo con ribetes de bandido.—Me ha robado el amor de un ángel.

RIC. (Patudo.) Sí?... pues ahora me entero!

FERN. Ahora? Entónces desistirá usted de su amor, porque Irene me pertenece. Hace treinta años que escribí sobre su frente.. ¡Soltera... ó muerta!

RIC. Pues arréglese usted con ella, porque á mí no me ha puesto ningun letrero. Sepa usted...

FERN. Nada: lo único que necesito es beber mucha sangre!

RIC. Sangre? Eso es fácil. Vaya usted al matadero y allí la encontrará en abundancia. Cuánta necesita usted?

FERN. Toda la que tiene en su cuerpo!

RIC. Jesús, qué bárbaro!

FERN. No es usted el novio de Irene?

RIC. Así dicen algunas personas.

FERN. Y ninguna le ha dicho que antes de la boda, le habian de dar un bofeton?

RIC. A mí? Quiá! Eso lo veremos!

FERN. Ahora mismo. Tome usted. **(Le dá un bofeton.)**

RIC. Ay, sarasa!... Caballero, usted ha puesto su mano sobre mi rostro, y eso indica que me ha dado un sopapo!...

FERN. Miente usted: son dos! **(Le dá otro.)**

RIC. Otro mas?.. No lo sufriré. Cuando se dan vários bofetones á un hombre de mis condiciones, no hay mas remedio que apelar al duelo. Sus dos bofetones...

FERN. Mios nó: son de usted.

RIC. Hombre, me gusta el descaro! Porqué han de ser mios?

FERN. Quién los tiene en su poder?

RIC. Yó. **(Tocándose la cara.)**

FERN. Pues usted es su dueño.

RIC. Es verdad. Lo que siento es que esta clase de manchas, **(mirándose al espejo,)** no se quitan con ninguna clase de jabones; hay que estinguirlas con plomo! Sí, señór! Mucho plomo!—Vamos andando. **(Dirijiéndose al foro.)**

FERN. Vamos.

RIC. Ay, sarasa! **(volviendo al proscenio:)** me se olvidaba lo mejor. No puedo batirme hasta que pasen tres siglos y medio. Tengo que casarme con Irene y disfrutar unos dias de las dulzuras del matrimonio.

FERN. Usted es un loco. Solo el hombre que ha perdido la vergüenza, es capaz de aplazar la reparacion de sus ofensas. Sinó me sigue usted, en este momento le rompo las costillas.

RIC. (Ya me voy cargando.) Mira, feo del demonio! en cuanto me faltes al respeto te voy á sembrar la cara de bocados. Tú no me conoces: soy una fie-

ra! Si intentas alimentarte con la sangre de tu afortunado rival, te llevas chasco. Esa conducta indigna tiene su nombre, el cual diré...

FERN. A los muertos á quiénes visitarás ahora mismo! Muere, cobarde! (**Saca dos pistolas y dispara. Ricardo y Domingo caen al suelo.**)

LOS DOS. Ay!!!

FERN. Cielos!.. Los dos han muerto! Qué haré? La fuga será muy conveniente. Huyamos! (**Se dirige al foro.**)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, RICARDO, DOMINGO, TORIBIO, IRENE, PACA Y LOS DOS HOMBRES **con escopetas.**

TORIB. Alto ahí, mosito! De aquí náide sale!

IREN. Cielos! Los dos asesinados!!!

PACA. Jesús, qué desgracia!.. No tiene ella la culpa, sino los hombres, que son unos caribes.

TORIB. Silensio, mocosuela! En mis barbas no se largan indirertas de esas firsonomias.

FERN. Señor Alcalde, yó...

TORIB. Silensio, digo! (**Pausa larga.**) He dicho que silencio! Ar que diga una palabra, le jundo el cránedo hasta los tobillos. En caso de estas «horripilansias,» tós se guardan la lengua en los borsillos. Lo que aquí ha pasao, está mas claro que el agua, y tan parpabre como los deos de mis manos. Al pernotá por esa puerta la autoriá prensipá de este pueblo, ha encontrao dos hombres muertos y uno vivo; y como todavida no se ha dao er caso de que los defuntos juigan y los vivos estén muertos en er suelo, resulta que usté será el mataó de este par de probetes: no es asi?

FERN. Señor Alcalde, mis intenciones no han sido las de matar á nádie; ellos dirán...

TORIB. Esa no es la verea. Los muertos no han delatao nunca al que le quitó la via, porque, segun creo, ninguno puede jablá, que si pudieran, otro gayo les cantára!

FERN. Debo añadir...

TORIB. Ná!... El derecho de hormisidio clarificao no está autorizao por nenguna ley. Al que matan... matao se quea; pero los arcardes deben sé muy fersibres y castigá con la mayon pujansa á los reos, y asin lo haré yo. Neron y Herodes, arcardes «contitusionables» que fueron de Roma, en tó se paresian á mí... menos en lo buen moso. Eran mú declinaos á la piedá: pero er que jasia una gatá como la que estais mirando, (**Señalando á Ricardo y Domingo.**) iba á la jorca!!!

IREN. Pícaro! Has causado la desgracia de unos séres que se amaban como Pablo y Virginia.

TORIB. Usidas es una Virginia mú fuerte; por eso estamos tós trastornaos.

IREN. Pido que se haga justicia!

TORIB. Se hará con arreglo á las ínsulas indagatorias que resulten de la categoria de los escándalos, y demás arreos funerales que estamos presensiando.

RIC. (Allá vá eso!)

IREN. La sociedad exije que...

TORIB. La sosiedá quedará convensia de la traesgresion de mis derechos; pues como ustedes sabrán, yó aqui represento á tós los reyes der mundo y arcardes comarcanos. La potestá que ambas autoridaes han depositao en mis manos, saldrá de ellas limpia de polvo y paja.

RIC. (Qué estúpidos son... los estúpidos!)

TORIB. Vamos á terminá este asunto. Quién dió muerte á estos hombres? (**A Fernando.**)

FERN. Yo...

TORIB. Basta! Ya está depurá la verdá. Por el atrartivo de sus declarasiones hemos sacao el hilo del ovillo. Ese «Yo» que se ha escapao de sus lábios, hará que la lengua conque lo ha prenunciao, salga de su cuerpo mas de media vara.

FERN. Tenga usted la bondad de escucharme.

TORIB. Nunca!!... El asunto está claro. Usté ha confesao; á confesion de parte, «trasparensia» del crímen y castigo der curpao!

IREN. Ricardo! (**Acercándose á él.**)

RIC. (No me hables que estoy muerto.)

PACA. Domingo!

DOM. (Calla, cundenada! Nu ves que me han matadu para siempre?)

TORIB. A ver, muchachos; levantá der suelo esos cadavéres; y plantárlos en la casa-puerta.—Sacá primero ar gallego, porque está apestando la sala con esas patas de elefante!

LOS DOS. ¡Ay! (**Llegan los dos hombres á cojer á Ricardo y Domingo: éstos dan un salto quedando en pié, mientras todos los demás se sientan en el suelo á la palabra !!Jesús!!**)

TODOS. ¡¡Jesús!!

TORIB. Qué belen ha sido este, cabayeros? Estamos jasiendo una comedia de márjica?

RIC. Señor Alcalde...

TORIB. Qué quieres, muerto liviano?

DOM. Señur... óijame.

TORIB. Aparta, gayego mardito! Véte de aquí, generá en gefe de los demonios! (**Temblando.**)

RIC. Estamos vivos.

TORIB. Que estais cautivos? Y á mí qué me cuentas?

DOM. Jé! jé! Nu hemus murridu.

TORIB. Estás aburrido, eh? Pues mira, coge á la vieja, y puedes entretenerte hasiéndola chicharrones.

RIC. Vaya! vuelva usted á la razon y verá que estamos vivos!

TORIB. Será posible? A ver! Sí! Tó el mundo arriba.—(**Todos se levantan.**) Señores, quieren esplicarme qué laberinto es este?

FERN. Como usted no ha permitido oir palabra, me fué imposible decir que mis pistolas estaban cargadas con sal. Por lo tanto, quisiera que usted me...

TORIB. Te protejeré. Irás á la jorca... y asunto concluio.

FERN. Yo!

TORIB. Claro!.. Porqué no me has dicho, lo que pasa?

FERN. Vá usted á saberlo. Yo amaba á Irene, y habiéndome faltado á un juramento sagrado...

TORIB. Sagrao, eh? Y ar cabo de medio siglo, toavia te acuerdas?

FERN. Vine con el intento de reconvenirla nada mas: pero este caballero me insultó, y...

TORIB. Ya estoy ar cabo de tó: náide me diga ná. Vamos al asunto. Voy á decretá. Ya que unos han armao camorras en el pueblo; otros engañaron mi autoriá fingiéndose muertos, y... lo prensipá es que náide entiende esta trapisonda, ordeno y mando, que cá uno salga pó ónde quiera, menos este caballero (**señalando á Fernando,**) que vendrá cormigo hasta la salía der pueblo, al cuá no volverá hasta dentro de tres siglos. Con esto se acaba la jarana.

FERN. Bien! (Se queda con los bofetones.)

RIC. Bravo! (Ya no tengo que quitarle la vida!)

IREN. Mañana me caso con Ricardo.

TORIB. Buen provecho.—Ya toito ha terminao!

TODOS. ¡Viva el alcalde!

TORIB. Silensio! Toavia no hay motivo pá alegrarse tanto.

Nuestra dicha será siertá,
y ese viva muy pruente,
si este público indulgente
aplaude !Soltera... ó muerta!!
